DE LA VIDA A LA MUERTE

Víctor E. de la Cueva

La literatura, la música, la pintura, el teatro y en general la mayoría de las artes mayores y menores, han incluido desde siempre los temas relativos a *La vida, el tiempo y la muerte*. Por ser elementos insoslayables de nuestra cotidianeidad, también son motivo de charlas domésticas, en el café o la reunión social. Son asimismo elementos de preocupación y de constante análisis debido a a complejidad respecto a su origen, evolución e inexorable acontecer. La filosofía los tenía hasta hace muy poco como campo exclusivo de estudio y, dado que la física moderna ha colocado al tiempo como una dimensión de la materia, esto determina la necesidad de hacer una revisión de lo que conocemos como vida, tiempo y muerte a la luz de las nuevas teorías científicas.

"Este libro —señalan sus autores en la introducción— trata de la vida (sin ser por eso un libro de biología), de le mente (sin ser un tratado de psicología), del tiempo (sin ser de relojería), de la estructura de la realidad (sin ser de filosofía), y de la muerte (sin ser una oración fúnebre)." De hecho, el contenido de esta publicación, más que una obra de divulgación de teorías, constituye una invitación a meditar sobre algunas interrogantes que desde tiempo inmemorial han inquietado al hombre.

Para su exposición, los autores, Fanny Blanck-Cereijido y Marcelino Cereijido, escogieron el siguiente esquema: a) Descripción de cómo el flujo de la energía solar originó la vida en nuestro planeta y cómo la vida primitiva evolucionó hasta llegar al hombre; *b*) Análisis del desarrollo del tiempo histórico, de cómo ha llegado el hombre a adquirir el esquema corriente del "fluir temporal", apartado que lleva también a estudiar cómo concibe el tiempo un niño; *c*) Exposición de lo que es l muerte para los biólogos, y *d*) Estudio del tiempo científico, explicando la forma en que Newton aceptaba un tiempo que fluye homogéneamente desde un pasado a un futuro, concepción que varios científicos modernos han desechado ante la imposibilidad de demostrar que verdaderamente el tiempo fluye.

La amenidad de esta obra está lograda con un gran esfuerzo por dejar al mínimo los tecnicismos y profundizar más en estos tres elementos, estrechamente vinculados entre sí, que son difinitivos en el comportamiento humano.

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE LA MUERTE DE MOZART

Juan José Utrilla

El buen tiempo viejo se ha ido, y en Mozart deja oír su último canto. Considerémos afortunados de que su rococó aún nos diga algo, de que sus buenos modales, su pasión delicada, su gusto de niño por las chinerías y las florituras, su finura que sale del corazón, su amor a la gracia, a la ternura y a la danza, su sensibilidad cercana a las lágrimas, su confianza en el Sur, aún toquen algo dentro de nosotros. Ay, un día, también eso pasará. Mas nadie puede dudar de que antes habremos dejado de gustar y de entender a Beethoven, que no fue más que la expresión de una ruptura y de una transición en el estilo musical y no, como Mozart, la última expresión de un gusto europeo que había reinado con grandeza durante siglos.

Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

II

Nos quedamos la última vez a la mitad de las obras de Mozart de música de cámara que, en mi opinión, nadie debe perderse. Tropezando entre tantos tesoros, sólo acertamos a recordar éstos: el Trío (o *Divertimento*) K.563, una de las obras más profundas del Maestro (un *divertimento* profundo: ¡paradoja típicamente mozartiana!), los tríos para piano K.502 y K.542, de incomparables delicadeza y elegancia: sólo el trío No. 99 de Schubert y el "Archiduque" de Beethoven pueden comparárseles (¡también éstos son buenas sugestiones!). Y hemos de mencionar el celebérrimo Quinteto para clarinete, K.581, obra predilecta ya de muchas generaciones.

Aunque de pasada, hablemos de la serenatas: aparte de la famosísima K.525, "Eine kleine Nachtmusik", ya mencionada, no se pierdan la magnífica serenata "Posthorn", K.320, la K.361 y, sobre todo, la K.388, un octeto que, simulando ser ligero y amable, alcanza profundidades de dramatismo comparables a las de las más grandes sinfonías.

Y vámonos a la música para piano. Por fortuna, contamos hoy con una gran pianista mozartiana: Ingrid Haebler. En sus manos, todo es oro molido. También son soberbias las grabaciones de Gieseking, y las pocas de Lipatti. La sonata en la menor, K.310, es una de las más grandes y trágicas jamás escritas. Y no hay palabras para elogiar la breve fantasía en re menor, K.397 que, inmensamente melancólica, termina en una radiante melodía de inocencia infantil. De las piezas breves para piano, creo que las más bellas son: el rondó K.511, maravilloso; el minueto en re, K.355; "Eine kleine Gigue" K.574, perfecto homenaje al espíritu de Bach; y el conmovedor adagio en re menor K.540, una de las obras más tristes pero más bellas de toda la literatura para el piano.

Como esto sólo pretende ser una introducción a la obra de Mozart y el espacio se acaba, dejemos por el momento la música sacra y la maravillosa música masónica del Maestro, y pasemos a un terreno al que dio algunas de sus obras más grandes: la ópera. Para empezar, hay excelentes grabaciones de sus oberturas. Mi predilecta, la de *Las bodas de Fígaro*, es (o, mejor dicho, era) insuperablemente interpretada por Fricsay. Un poco sumaria pero muy mozartiana es la versión de Karajan, y chispeante la de Böhm, que pueden conseguirse con facilidad. Las tres óperas más célebres de Mozart son, desde luego, *Las bodas de Fígaro, Don Juan* y *La flauta mágica*, escrita ésta pocos meses antes de su muerte. Para ella compuso Mozart alguna de la música más radiantemente bella jamás escrita, y su argumento parece simbolizar su propio paso por la vida. El protagonista, Tamino, está dispuesto a pasar por las más terribles pruebas, con tal de ser admitido en el Templo del Sol, sin otra protección que la música de una flauta mágica. Pamina, para quien perder el amor de Tamino significa la muerte, representa su ideal femenino. Sin embargo, aunque al final, por sus esfuerzos Tamino es gloriosamente coronado, Mozart sólo fue glorificado póstumamente, mucho después de que su agitada vida terrena había encontrado su triste fin. Pero aun en su agotador peregrinar por el mundo podemos advertir una maravillosa analogía con la aventura de su héroe. Como a Tamino, los "dioses benignos" habían dado a Mozart la protección del sonido contra los peligros que acechaban su paso: la música que lo acompañó en la jornada de su vida le dio el ánimo, la noble serenidad y la alegría de vivir que ninguna experiencia adversa, pobreza, tribulación ni enfermedad pudieron arrancarle.

Y así como las melodías de la flauta de Tamino prueban su magia protectora en el fuego o en el agua, y su gracia desciende sobre Pamina, así también hoy —y quizás hoy más que nunca— la música de Mozart prueba su poder benéfico, provechoso, encantador, sobre todo el que quiera escucharla. (Concluye).

